

El Grito de Alcorta revisitado: cultura y sentimientos en la acción colectiva

KARINA BIDASECA* y PABLO LAPEGNA**

I. Introducción

Comenzamos a investigar sobre el llamado “Grito de Alcorta” a partir de nuestro trabajo como docentes e investigadores del área rural, ya que este hecho histórico parecía condensar en un acontecimiento las dos líneas de investigación que venimos estudiando desde hace tiempo: el rol de los sectores subalternos del agro y las acciones colectivas de protesta.

Al leer lo que se había escrito sobre la huelga que dio origen a una de las organizaciones más importantes del agro argentino (la Federación Agraria), nos encontramos con un estilo de interpretación que ha sido recurrente en el análisis de la protesta social: explicar el surgimiento de la acción colectiva a partir de condiciones económicas “estructurales”.

En este artículo buscamos ofrecer otra mirada. Sostenemos que las interpretaciones que ponen todo el peso explicativo en los indicadores económicos suelen implicar una mirada mecanicista de la acción

* Magister en Investigación en Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. Investigadora Instituto de Investigaciones Gino Germani-Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

** Sociólogo, State University of New York (SUNY) at Stony Brook.

MOVIMIENTOS SOCIALES. EXPERIENCIAS HISTÓRICAS. TENDENCIAS Y CONFLICTOS

colectiva, sostenida en el supuesto de que a partir de determinados factores macroeconómicos las personas o actores reaccionan de manera automática. Desde nuestra perspectiva, consideramos que el “dato económico” es un factor necesario pero no suficiente para la explicación de la acción colectiva y sustentaremos que para poder interpretar un conflicto colectivo es indispensable preguntarse de qué forma ese “dato” interviene para la conformación de un nosotros, un sujeto colectivo capaz de llevar a cabo la acción –o, mejor dicho, cómo ese “dato” es interpretado desde la perspectiva de los actores.

Partimos del supuesto de que el surgimiento de un actor en el espacio público es un proceso, un emergente de una serie de interacciones previas que son indispensables para que los sujetos se decidan a actuar colectivamente. Dicho de otra forma, creemos que en la protesta colectiva intervienen otros elementos que van más allá del puro interés instrumental-económico y que en los procesos en los cuales los individuos se vinculan entre sí y actúan para poder dar voz pública y visible a sus demandas se pone en juego un “plus de sentido” inaprehensible en esos términos.

En síntesis, abordamos el “Grito de Alcorta” no con la intención del anticuario que desempolva un viejo objeto, sino como un desafío a ciertas maneras actuales de interpretar la protesta social. En otras palabras, nos preguntamos sobre un hecho del pasado para poder afinar las herramientas conceptuales con las que interpretamos el presente. De esta manera, procuraremos brindar una mirada complementaria a partir de ciertos elementos culturales que consideramos de primer orden para comprender los movimientos sociales, preguntándonos por el lugar que juegan los sentimientos en la protesta social.

2. ¿Qué fue el Grito de Alcorta?

2.1. Los actores sociales del conflicto

En primer término, debemos señalar que la política agraria argentina no estimuló, como en EE.UU o Canadá, por ejemplo, a los pequeños y medianos productores independientes sino que el

K. Bidaseca y P. Lapegna - *El Grito de Alcorta revisitado*

objetivo fue la valorización de la tierra y la creación de incentivos para que los propietarios las pusieran en producción.

Los años del Centenario significaron el cierre de la frontera agrícola (Hora, 2002). Como explica Hora, desde las primeras décadas del siglo XIX, la pampa había sido considerada una tierra nueva que ofrecía amplias posibilidades de progreso económico y social, a cambio de trabajo y mucho esfuerzo. En estas primeras etapas, el bajo precio del suelo aseguró el éxito de los inmigrantes pioneros, muchos de los cuales pudieron ingresar a la clase alta y actuar en el mundo público dado el grado de porosidad que caracterizaba a la elite.

A partir de 1880, el proceso de valorización de la tierra contribuyó a moldear las características de la estructura agraria pampeana y de sus actores, los terratenientes y arrendatarios. “La combinación de un alza de la renta de la tierra y de un aumento de la oferta de fuerza de trabajo tuvo un efecto devastador sobre la capacidad de negociación de las clases subalternas” (Hora, 2002:207).

En el ámbito académico se registran profundos debates respecto de la identidad de ese “chacarero pampeano”, al que “se ha pasado de considerarlo poco menos que un pobre campesino sin tierra a merced de despreocupados latifundistas a verlo como un pequeño empresario capitalista, moderno e independiente, algo así como un *farmer* como los que poblaron el *midwest* norteamericano”, expresa Palacio (1993).

Establecemos una diferenciación entre los arrendatarios que fueron parte de ese acontecimiento y sus predecesores, muchos de ellos, connacionales, que se transformaron en propietarios hacia fines del siglo XIX. Estos grupos serán distinguidos por su condición de inmigrante o criollo; las posibilidades estructurales de acceso a la tierra; y la relación que establecieron con el terrateniente.

Según señala Scobie (1968), los suizos comenzaron la colonización rural en Argentina. “La mayor parte de los que llegaron a estas tierras antes de 1870 se convirtieron en chacareros. Pero el predominio en materia de mano de obra agrícola pasó muy pronto a manos italianas” (p. 74) (...) Muy pocos de los que no habían adquirido la propiedad para mediados de la década del ‘90 pudieron hacerlo adelante. Durante los últimos ocho años del siglo el precio de trigo

MOVIMIENTOS SOCIALES. EXPERIENCIAS HISTÓRICAS. TENDENCIAS Y CONFLICTOS

descendió en un 40% (...) Al mismo tiempo, la hipoteca o contrato de colonización, fijados mientras el papel moneda se depreciaba, se convirtieron en un costo enormemente pesado” (pág. 63).¹

Las posibilidades de acceso a la tierra para el primer grupo de inmigrantes, estuvieron ligadas a los intereses de los ganaderos.² El régimen de arrendamientos y aparcería o mediería fueron las formas que le permitieron al terrateniente cultivar sus tierras. Los compromisos se asumían por uno o dos años y para el inmigrante que no poseía capital era la forma más propicia pues sólo arriesgaba su trabajo. El terrateniente ponía las semillas, herramientas y animales. Levantado el trigo y cobrado, el mediero si disponía de alguna ganancia podía convertirse en arrendatario.

No todos los terratenientes –muchos de los cuales vivían como rentistas en París (Hora, 2002)– arrendaban directamente sus tierras. Se valían de intermediarios que arrendaban las tierras en dinero y luego subarrendaban a los agricultores. De ahí que el vínculo que los arrendatarios establecían con los dueños de la tierra era variado y estimamos que conocer las características que asumía dicho vínculo es también importante para comprender los acontecimientos. Al respecto, una denuncia de la Sociedad Cosmopolita de Firmat, que data del 12 de julio de 1912 expresa:

“El Señor Fuentes [propietario] se niega a dar los comestibles a un mediero que tienen los peones en su casa para terminar la junta de maíz. Dicho colono no puede vender sin el conforme del señor Fuentes y tampoco tener crédito en ninguna casa. Al colono no le queda más remedio que morirse de hambre o plegarse a la voluntad del

1. Ver Scobie, James (1968) *Revolución en las pampas. Historia social del trigo argentino 1860-1910*, Buenos Aires, Ed. Solar. El autor señala las estadísticas sobre la posesión de la tierra de 1899-1900: Santa Fe recogía 11.500 chacras con cultivo de trigo y Buenos Aires, 8.000, sólo registraban el 39% de las mismas como propiedad del cultivador. El resto era sembrado por aparceros y arrendatarios” (pág. 65).
2. Hacia 1880 se abren las posibilidades de exportar ganado en pie a Europa, pero los nuevos clientes exigieron carnes más tiernas que las secas destinadas hasta entonces al tasajo. El mejoramiento de las carnes implicaba convertir las tierras en praderas y para ello había que recurrir a agricultores europeos, atraerlos a través de las políticas de inmigración y colonización.

K. Bidaseca y P. Lapegna - *El Grito de Alcorta revisitado*

señor feudal. Se le insulta groseramente provocando con su actitud la **indignación de la colonia**” (citado por Grell, 1985:95) (subrayado nuestro).

En el caso de las colonias que se rebelaron contra los propietarios, el vínculo con ellos no fue personalizado; en la mayoría de los casos estuvo mediatizado por los intermediarios o los mayordomos de estancia e incluso muchos de los arreglos contractuales eran verbales. Los modelos de los contratos de la época reflejan las condiciones que imperaban sobre los arrendatarios:

Art (): El arrendamiento actual convenido es el 40% de todo el cereal cosechado, trillado y/o desgranado en la fracción arrendada. El arrendatario se obliga a entregar el grano limpio, seco y sano, a elección del propietario, puesto en bolsas nuevas, de exportación, libres de gastos y puesto en la estación del ferrocarril (...) (Año 1912)

Art (): El arrendatario destinará toda la fracción de tierra arrendada a la agricultura sembrando aquellos cultivos que disponga la propietaria. Podrá utilizar el 6% de la superficie para pastaje de los animales.

Art (): El arrendatario se compromete a no tener ningún animal o ave sin el consentimiento del propietario o de su mandatario. Queda autorizado a tener dos vacas lecheras (FAA, 1987:113)

Los contratos no eran regulados y, como explica Solberg, el gobierno nacional, cuya principal base de sustentación era la elite terrateniente, se negaba a intervenir en lo que legalmente era considerada una “disputa contractual privada” (1971:26). Por otro lado, los propietarios tampoco reconocían las construcciones realizadas en sus campos o instalaciones.

Recordemos que la mayoría de estos inmigrantes habían venido de regiones muy pobres de Italia o España, siendo en su mayor parte analfabetos. Aislados geográfica, política y culturalmente de la sociedad más amplia, comunicándose con su lengua de origen, sin posibilidades de acceder a la educación, los vinculaba un profundo sentimiento de injusticia frente a un orden excluyente. Un rasgo que señala Scobie (1968) sobre la colonización es que “los agricultores no vivían por regla general en poblados, ni iban todos los días a cultivar los campos circundantes. A consecuencia de la agricultura extensiva, con su roturación superficial de amplias extensiones, las casas estaban

MOVIMIENTOS SOCIALES. EXPERIENCIAS HISTÓRICAS. TENDENCIAS Y CONFLICTOS

dispersas y separadas unas de otras por considerables distancias. En la época en que 30 hectáreas constituían la unidad básica del cultivo de trigo, era preciso, sin embargo, recorrer grandes distancias a pie o a caballo para llegar a la casa de un vecino; con 200 hectáreas la distancia aumentó, y la posibilidad de que las instituciones sociales llegasen a la chacra disminuyó en la misma proporción. Las bodas, los funerales y las fiestas religiosas podían justificar el largo viaje al pueblo o la ciudad” (pág. 82).

La lengua e incluso el analfabetismo, no fueron obstáculo para la acción política. Los discursos públicos en las plazas de las colonias fueron a menudo enunciados en castellano e italiano. Antonio Dieci-due reproduce en su biografía sobre el abogado que asesoró al movimiento, Francisco Netri, la circular que este enviaba a los dirigentes del interior para participar de la asamblea del 15 de agosto en que se trataría la aprobación de los estatutos de la sociedad sindical (FAA):

“Ahora es preciso que usted y todos los compañeros que le ayudan se pongan resueltamente a la obra de estudiar el proyecto. Repartan ustedes bien los ejemplares que les remito. Que quien sepa LEER EN CASTELLANO lea para quien no lo sepa (...) Reúnanse enseguida en asamblea, organícense de acuerdo a los formularios de acta que también les envío; firmen los que sepan y pongan el nombre y apellido de los que no sepan hacerlo en cinco ejemplares (...)” (Dieci-due, 1969:47) [mayúsculas en el original].

En la Argentina de comienzos del siglo XIX, las relaciones transnacionales no sólo eran del capital financiero o de la actividad agropecuaria ligada a los mercados mundiales, también la fuerza de trabajo migrante hacía surgir preguntas sobre las representaciones de lo “nacional” y “lo extranjero”. Al respecto, el diario La Nación, vocero de las clases altas, aludía a aquellos inmigrantes de este modo:

“Los agricultores no se asimilan al país porque viviendo en colonias aisladas, en un ambiente propicio a sus costumbres que perpetúa el recuerdo de su patria, no intervienen factores de disgregación capaces de vincularlos al suelo. El medio no los agarra puesto que el crisol no es suficientemente fuerte para fundirlos y amalgamarlos. **Verdad**

K. Bidaseca y P. Lapegna - *El Grito de Alcorta revisitado*

que poco interés pueden tener en asimilarse los que están de paso, pensando siempre en volver a la tierra de nacimiento, atraídos por los efectos no transplantados.” (29,VII,1912, pág. 9; citado en Arcondo, 1980:373) (subrayado nuestro).

En su artículo Solberg (1971) muestra la relación entre el sufragio y su influencia en el diseño e implementación de las políticas agrarias públicas de los gobiernos argentinos. El Censo de Población de 1914 mostró que sólo 33.219 inmigrantes, es decir, el 2.25% de la población masculina adulta extranjera, se había convertido en ciudadanos y casi la mitad de ellos vivían en la capital de la Nación. Según expresa el autor, esa minúscula tasa de naturalización de los agricultores reflejaba su identificación con los valores e instituciones nacionales, y probablemente esa integración, que podría haberse concretado vía el acceso a la tierra, fue clausurada para ellos.³

2.2. La rebelión de los arrendatarios

“Los agricultores de “La Adela” y “La Sepultura” formaban una caravana de sulkys que cubría tres kilómetros del camino”, testimonia la carta que don Nazareno Lucantoni, un agricultor, dejara entre sus memorias del día 25 de junio de 1912 en que la Asamblea anunciaría la huelga general de los colonos y el nuevo proyecto de arrendamiento y aparcería. Otro de los registros de aquel día de un periodista que había presenciado la Asamblea expresaba:

“El aspecto era imponente, pues aquella gran masa de hombres acostumbrados a empuñar el arado, convertida en asamblea deliberativa, causaba una impresión casi exótica y semejante en algo a las que producen en el ánimo del observador, los grandes concursos populares en que se debaten las cuestiones ideológicas, de índole política o

3. Ver Bonaudo, Marta y Godoy, Cristina (1985), “Una corporación y su inserción en el proyecto agro-exportador: la Federación Agraria Argentina (1912-1933)”, en *Anuario* N° 11, Universidad Nacional de Rosario, Escuela de Historia. Las autoras describen la prédica de la nacionalización que desarrolla la FAA desde su periódico en 1918, haciéndose cargo incluso de las gestiones para obtener la carta de ciudadanía.

MOVIMIENTOS SOCIALES. EXPERIENCIAS HISTÓRICAS. TENDENCIAS Y CONFLICTOS

doctrinaria, en pro del surgimiento de las colectividades conscientes de sus derechos” (Diario “La Capital”, 26 de junio de 1912).

Los procesos de organización y movilización previos al conflicto son centrales para poder dar cuenta de las redes sociales y las solidaridades indispensables para la conformación de una acción colectiva de protesta y de un actor colectivo.

Muchos de los participantes de la protesta eran arrendatarios de la extensa colonia llamada “La Adela”, de 17.500 hectáreas. Habitaban Alcorta 2.000 colonos, 1.500 de origen italiano y 500 españoles. “Los encuentros amistosos en los humildes ranchos que oficiaban de viviendas o en los boliches servían para expresar los afligentes problemas compartidos y para comenzar a pensar en un accionar común en procura de soluciones” (Marrone, 1997:83).

Cabe destacar también la función que cumplieron algunas de las instituciones a modo de “estructura de reserva de los movimientos” (Tarrow, 1997). La parroquia de Alcorta (que data de 1897), al igual que la Sociedad Italia de Socorro Mutuo y de Instrucción fundada hacia 1901, funcionaron como espacios de reclutamiento de solidaridades previas y otros espacios de la cotidianidad como el comercio de ramos generales de Angel Bujarrabal quien, al igual que otros comerciantes de las colonias vecinas apoyaron económicamente el conflicto. Solía decirles a los agricultores:

“Si la huelga se realiza no se hagan problemas por lo que me deben a mí. Lo importante es que se concreten las aspiraciones de los chacareros” (citado por Grela, 1958:58).

En una transcripción de un fragmento de las memorias de Pascual Netri, cura párroco de Máximo Paz –localidad vecina a Alcorta– sobre el conflicto, aparece claramente el rol jugado por algunos curas de campaña:

“Nosotros con mi hermano José, cura párroco de Alcorta, solíamos después de misa, reunir ante el atrio de la iglesia a los chacareros y les aconsejábamos que se rebelaran en contra de las injusticias que padecían por la acción nefasta de los ambiciosos terratenientes” (p.60).

K. Bidaseca y P. Lapegna - *El Grito de Alcorta revisitado*

El día de la asamblea, más de dos mil colonos rebalsaban la capacidad del local de la Sociedad Italia. “El comercio de Alcorta cerró sus puertas, adhiriendo al acontecimiento. Colonia y pueblo se congregaron en masa dispuestos a tomar decisiones y a escuchar las palabras de los dirigentes. Doña María de Bulzani arengaba a las mujeres presentes. No había ya ninguna duda de que la tempestad campesina se avecinaba. La huelga era un clamor popular.” (Grela, 1985:65). Por la participación de miles de agricultores y por las implicancias emocionales y subjetivas interpretamos la acción como una “pueblada”.

Otros registros periodísticos hablan de la participación de las mujeres y niños, los maestros rurales, algunos comerciantes y curas párrocos, así como oradores socialistas, anarquistas y radicales. A propósito, Palacios (2002) destaca la presencia de los niños en el conflicto:

“Sobre el plano de grandes cartelones había inscripciones con gruesos errores de ortografía. Claro está, a los chacareros les tenía sin cuidado si había o no errores ortográficos. Sabían eso sí que las leyendas tenían un destinatario: los terratenientes” (p. 19).

Grela también cita el discurso de un niño y la participación de una niña:

“En estos momentos de suprema ansiedad, aunque niño, levanto mi insignificante voz, dirigida a vosotros, colonos de este pueblo de San José de la Esquina, que hoy se levanta en actitud de protesta por los elevados alquileres que pagan. Nada más justo que vuestras peticiones, porque habéis ayudado el arado a esta patria un nombre que ostenta con orgullo (...) El agricultor merece sus beneficios; no debe ser un oprimido ni un esclavo, porque es el hombre que a todos beneficia para no sacar él ningún provecho” (Grela, 1958:274).

El día de la asamblea histórica, se analizó públicamente los contratos para observar las cláusulas leoninas y se escuchó la voz de los integrantes de la comisión de huelga que apelaban al cierre de las libretas de los comerciantes, y hablaban en términos de derechos:

MOVIMIENTOS SOCIALES. EXPERIENCIAS HISTÓRICAS. TENDENCIAS Y CONFLICTOS

“Hombres usurpadores de vuestros derechos, que no conocen ni la miseria ni el hambre que pasáis, gente desconsiderada que aprovechan de vuestra voluntad para llenar sus arcas, con el dinero del laborioso agricultor, que hasta hoy ha sido el hombre más oprimido por la ambición de los colonizadores” (citado en Grela, 1985 :75).

Entre las condiciones que posibilitaron la constitución de una identidad política entre los colonos, las alusiones explícitas al “enemigo”⁴, definido y reconocido como tal, aparece recurrentemente en la narrativa de los actores:

“En el campo opuesto había que luchar con un enemigo fuerte y astuto con instrucción e influencias diversas a su favor; que pertenecía a una clase privilegiada y casi siempre en función de gobierno. Organizado gremialmente desde hacía muchos años. Que usaba todas las armas en su defensa sin reparar en los medios. **Era la poderosa familia “vacuna”, con extensas propiedades y cuantiosas fortunas, obtenidas, en su inmensa mayoría, merced al trabajo fecundo del hombre del surco, que, con su esfuerzo, valorizó aquellos latifundios**” (Diecidue, 1969:50) (entrecomillado en el original).

El “repertorio de confrontación” (Tilly, 1986) de la protesta agraria de 1912 se basó en la huelga⁵ (Grela, 1985) como forma modular de acción, pero desplegó un amplio repertorio que incluyó formas assembleístas de deliberación en la plaza pública que al convocar a la multitud presentaba la forma de una pueblada; negociadoras: cartas y petitorios dirigidos a los gobernadores y funcionarios nacionales; movilizaciones; hasta formas de resistencia cotidianas (Scott, 1985) y

4. El proceso de construcción del “enemigo” alcanza su máxima expresión con el asesinato del Dr. Netri en octubre de 1916: la FAA acusa directamente a la SRA de haber cometido el crimen.
5. Otra consideración a tener en cuenta en el texto de Grela es la polisemia adjudicada al conflicto, que es definido como “huelga agraria”, “pronunciamento sindical agrario” (pp. 1/166), a pesar que también aparecen términos como “rebelión”, “levantamiento” o “sublevación campesina”. Creemos que estas significaciones semánticas no son superficiales pues están denotando “un sujeto de la acción colectiva” que en este caso es definido por sus atributos de clase (obrero).

K. Bidaseca y P. Lapegna - *El Grito de Alcorta revisitado*

parroquiales que permanecían en el nivel local y que se dirigían a sus adversarios – los “dueños de las tierras”– bajo la forma de incendios de cosechas fundamentalmente. Es el corte de rutas, la acción inventada durante los acontecimientos de 1912 (que luego será apropiada y adaptada a fines del siglo XX por los actores desocupados).

Las características del repertorio de acciones de 1912 ha superado su faz “parroquial” y “particular” (Tilly, 1995) al lograr propagar la protesta a otras provincias sin variar su contenido original: los injustos contratos de arrendamientos, y al desviar sus demandas del patronazgo local. Por otro lado, fue autonómico, pues los demandantes establecieron una comunicación directa con los centros de poder (Bidaseca, 2005).

Interpretar los sentidos del Grito de Alcorta para los sectores subalternos y su eficacia política, requiere reconstruir no sólo su posición en términos de la estructura económica agraria, sino también su identidad social y política, su universo cultural, y las emociones que animaron la acción. Compartimos la afirmación de Calhoun (1999): “Una comprensión de la identidad que vaya más allá de la noción de interés es especialmente importante cuando queremos examinar acciones colectivas que implican altos niveles de riesgo y que, para la mayoría de los participantes, están fuera de las rutinas de la vida cotidiana” (p. 80). Sin embargo, esta no ha sido la visión que ha primado en el análisis de este conflicto.

3. Las explicaciones sobre el Grito de Alcorta

Los acontecimientos bautizados como el “Grito de Alcorta” se han tendido a interpretar desde una óptica que enfatiza los aspectos económicos como determinantes del surgimiento y el desarrollo del conflicto.

El libro de Plácido Grela (1985 [1958]) constituye una de las interpretaciones más difundidas sobre el “Grito”. En efecto, la mayoría de los investigadores (Solberg, 1971; Bonaudo, 1985; Ansaldi, 1993) que han abordado el tema citan a este trabajo como una de las fuentes principales, junto al periódico *La Tierra*, editado por la Federación Agraria Argentina.

MOVIMIENTOS SOCIALES. EXPERIENCIAS HISTÓRICAS. TENDENCIAS Y CONFLICTOS

Grela ofrece una explicación de la protesta que se inscribe en una narración socialista, la cual afirma la existencia de una estructura “feudal” de la sociedad agraria de la época y señala a la “clase terrateniente oligárquica” como la fuente de todos los males que aquejaban a la sociedad de la época. Para Grela, la causa determinante del conflicto era el “bárbaro y retrógrado sistema de arrendamiento” (1985:29), que era preponderante en la zona del conflicto, en el contexto de una estructura “latifundiaria”, “atrasada” y “feudal” de la tierra. Esta “defectuosa” distribución de la tierra, sumada a la acción de determinados individuos (los Netri, Bujarrabal, Bulzani, de los cuales el libro ofrece una biografía) serían los principales factores que desencadenan el conflicto.

La otra interpretación elegida para este trabajo es la de Aníbal Arcondo, publicado en 1980. Este artículo propone una explicación diferente de la de Grela sobre los sucesos de 1912. Hemos seleccionado este artículo porque creemos que es el que sostiene más explícitamente una interpretación economicista de la acción colectiva. Arcondo desestima los factores “ideológicos” que podrían haber intervenido en la protesta⁶ y sostiene que no sólo es el precio del arriendo lo que explica la acción, sino los precios desfavorables de una serie de insumos y servicios que afectaban directamente la actividad económica de los agricultores⁷. La conjugación de precios desfavorables y una mala cosecha explicarían la aparición del conflicto y de allí se podría “describir a los grupos participantes en la distribución del ingreso agrícola y (...) bosquejar un modelo de comportamiento frente al conflicto, referido a la solidaridad con los grupos que aparecen enfrentándose.” (1980:353, subrayado nuestro).

De acuerdo a la teoría de la acción implícita en estos planteos ya no es la mala distribución de la tierra sino la mala distribución del ingreso lo que explicaría el surgimiento del “Grito de Alcorta”, lo que supone una relación causal entre ingresos y acción colectiva.

6. “El papel preponderante de la ideología en la movilización de los agricultores (...) nos pareció a priori magnificado” (pág. 351).
7. *Op.cit.* “La estructura de costo de producción del maíz (...) nos sugirió la necesidad de un análisis, aunque somero, de la oferta de mano de obra agrícola. También la consideración del comportamiento de los precios de otros insumos (...) que ayudarían a comprender el desenlace de los acontecimientos de 1912.” (1980:352).

K. Bidaseca y P. Lapegna - *El Grito de Alcorta revisitado*

En la misma dirección, bosquejando las razones del cómo, es decir, la lógica que guía a los actores, Arcondo sitúa como objetivo:

“Describir a los grupos participantes en la distribución del ingreso agrícola y a partir de esa descripción intentaremos bosquejar un modelo de comportamiento frente al conflicto, referido a la solidaridad con los grupos que aparecen enfrentándose.” (1980:353, subrayado nuestro).

A partir de esta premisa va desgranando la caracterización de cada grupo que intervenía en el sistema agrario de la época y evalúa su posición en el conflicto en función del costo/beneficio que esto les acarrearía:

“Creemos necesario bosquejar brevemente la conformación de cada uno de esos grupos y, en función de esa descripción, suponer un comportamiento lógico, es decir, acorde con sus intereses, que ayude a comprender su conducta frente al conflicto.” (1980:354; subrayado nuestro).

Cuando aborda a los comerciantes de ramos generales, considera que,

“Aquellos comerciantes que no participan de la actividad colonizadora se muestran, obviamente, solidarios con sus deudores, los chacareros, considerando que su suerte como empresarios depende de la evolución favorable de los negocios agrícolas.” (1980:358).

La mirada teórica de Arcondo adjudica a cualquier tipo de acción social una racionalidad o lógica propia de un sujeto que sólo actúa movido por la maximización de beneficios y la minimización de costos. Desde nuestra perspectiva, la noción que los actores intervinientes en un conflicto sólo actúan movidos por una racionalidad instrumental orientada por el costo/beneficio y, específicamente, la recompensa monetaria que podría devenir de aliarse o enfrentarse a otros actores intervinientes, es un tanto reduccionista. En este sentido, coincidimos con Elster (citado en Revilla Blanco, 1994:190) cuando afirma que la participación de los individuos en la acción

MOVIMIENTOS SOCIALES. EXPERIENCIAS HISTÓRICAS. TENDENCIAS Y CONFLICTOS

colectiva también está guiada por el incentivo de obtener autorrealización, conciencia y autorrespeto.

Pese a sus diferencias (Grela pone el acento en la mala distribución de la tierra, mientras que Arcondo lo coloca en la mala distribución del ingreso) ambos comparten el supuesto de explicar el surgimiento y desarrollo de la acción colectiva en función de los intereses económicos. Aunque en un texto se enfatice una supuesta solidaridad “clasista” y en el otro una solidaridad basada en el cálculo orientado a la maximización de ganancias, ambas interpretaciones derivan la acción de una serie de indicadores económicos, estructurales o coyunturales.

A pesar de la disimilitud, ambas parecen basarse en una perspectiva similar a la de los historiadores que ven a las rebeliones populares como situaciones en las que “la chusma se introduce de manera ocasional y espasmódica en la trama histórica, en épocas de disturbios sociales repentinos. Estas irrupciones son compulsivas, más que autoconscientes o autoactivadas; son simples respuestas a estímulos económicos. Es suficiente mencionar una mala cosecha o una disminución en el comercio, para que todas las exigencias de una explicación histórica queden satisfechas” (Thompson, 1995 [1978]:213). Como afirma Thompson, es cierto que la gente protesta cuando tiene hambre; lo que debemos preguntarnos es: “cuándo está hambrienta, ¿qué es lo que hace la gente?, ¿cómo modifican su conducta la costumbre, la cultura o la razón?” (1995 [1978]:215).

Otros trabajos posteriores incorporan otras dimensiones de análisis a la interpretación del Grito de Alcorta. Por un lado, el artículo de Solberg (1971) centra su mirada en la relación entre el conflicto y la política institucional; su propósito es “analizar los orígenes y características de ese levantamiento [*upheaval*] rural y examinar las respuestas formuladas por los líderes políticos nacionales de la república” (pág. 18). Por otra parte, el trabajo de Bonaudo y Godoy (1985) toma también el período de mayor movilización rural en el sur de Santa Fe (1912-1933), pero se abordan específicamente dos problemas: la inserción capitalista en el país y la gestación de “nuevas clases subalternas rurales” en el marco de una sociedad que se va diferenciando, al tiempo que se reestructura la clase terrateniente. El segundo problema se centra en la interpretación del Grito de Alcorta,

K. Bidaseca y P. Lapegna - *El Grito de Alcorta revisitado*

“movimiento agrario cuyo objetivo fundamental es eliminar las trabas que las fracciones de la pequeña y mediana burguesía agraria enfrentan en el desarrollo de las relaciones capitalistas de producción a fin de lograr una creciente participación en el excedente generado y una mayor inserción en el sistema en su conjunto” (pág. 152).

Posteriormente, la investigación de Ansaldi (1993) incluye el Grito de Alcorta dentro del estudio de la conflictividad obrero-rural en la región pampeana, pero sin profundizar en ese caso específico.

Es indudable que para comprender el por qué del “Grito de Alcorta” es necesario tener en cuenta las relaciones sociales en el agro santafesino a principios de siglo considerando las compleja vinculaciones entre aquellos que trabajaban la tierra y pagaban un arriendo, aquellos que sub-arrendaban tierras (los “colonizadores”), la relación de ambos con los propietarios y el rol de los comerciantes. Pero considerar la situación en la que estaban los arrendatarios no cierra el debate sino que, por el contrario, es allí donde comienza.

Thompson critica a algunas interpretaciones sobre las rebeliones populares afirmando que para algunos investigadores “Los disturbios fueron ‘rebeliones de estómago’, y puede sugerirse que esto, en cierto modo, es una explicación reconfortante. La línea de análisis es: hambre-elemental-instintiva” (1995 [1978]:214). De modo similar, se podría afirmar que la línea argumentativa de Arcondo es: disminución de los ingresos-conflicto; o que la de Grela es: mala distribución de la tierra-“huelga agraria”. En otras palabras, si en Grela encontramos a un sujeto que actúa únicamente en función de su interés de clase (trabajadora), movido automáticamente por las deficiencias de la estructura agraria, en Arcondo encontramos un sujeto que sólo actúa en función de su racionalidad (maximizadora de ganancias), un modelo de comportamiento que respondería al estímulo dado por el precio de determinado producto o servicio y una solidaridad construida sobre un cálculo puramente instrumental.

La interpretación de los sucesos de mediados de 1912 no puede agotarse en explicaciones reduccionistas, sea este reduccionismo guiado por la explicación mecánica de la conciencia de clase o bien por la “deprivación relativa”. Las condiciones que enumeran los autores son elementos necesarios pero no suficientes para poder comprender esta protesta.

MOVIMIENTOS SOCIALES. EXPERIENCIAS HISTÓRICAS. TENDENCIAS Y CONFLICTOS

El análisis de Arcondo hace hincapié en el mismo hecho de la acción colectiva que tiende a aparecer como “acción sin actor”, una suma accidental de acontecimientos individuales (Melucci, 1994). Por otra parte, la interpretación de Grela señala los fundamentos “objetivos” del fenómeno observado en la estructura social y por ende, deduce la acción del análisis de las condiciones sociales que los actores parecen tener en común. Aquí nos encontramos con un análisis en que el espacio entre las condiciones objetivas y las conductas colectivas empíricamente observadas se presenta poco problematizada. El viejo problema de Marx (cómo pasar de la clase en sí a la clase para sí, de las condiciones de clase a la acción de clase) permanece irresuelto (Melucci, 1994:153 y 154).

4. Nuevas formas de comprensión para la historiografía y la acción colectiva

Del Clasicismo en adelante, la historia se ha contemplado como un relato protagonizado por “grandes hombres”, priorizando la política de las elites (Sharpe, 1994). Escuelas como la de los *Annales* comenzaron a cuestionar esta visión histórica “desde arriba” (Burke, 1994); sin embargo, también tendieron a impulsar un modelo de interpretación basado en una jerarquía de tres niveles de mayor a menor importancia: en primer lugar los datos económicos y demográficos, luego los datos sobre la estructura social, y por último, las dimensiones intelectuales, religiosas, culturales y políticas (Stone, 1979:7).

Lo que se puede nombrar como la “nueva historia” desarrollada en las décadas de 1970-1980 involucra a escuelas y autores heterogéneos que, sin embargo, comparten elementos en común: la reacción contra el paradigma “cientificista” tradicional; la importancia de la narrativa en la presentación de textos historiográficos; la búsqueda por “reconciliar” a la historia social y la llamada historia de las ideas; un creciente interés en las dimensiones culturales y emocionales; el uso de interpretaciones multicausales; una reorientación metodológica (reemplazando la cuantificación por casos específicos o experiencias individuales); y, en resumen, el traspaso del interés por “las circunstancias que rodean al hombre” al “hombre en circunstancias” (Stone, 1979:24).

K. Bidaseca y P. Lapegna - *El Grito de Alcorta revisitado*

El marxismo anglosajón y la llamada microhistoria constituyen algunas de estas fuentes de renovación historiográfica.

El artículo “La historia desde abajo”⁸ de E. P. Thompson, publicado en 1966, constituye uno de los puntos clave de estas nuevas perspectivas. La idea de una “historia desde abajo” fue adoptada por los nuevos historiadores marxistas para quienes contaban las opiniones de la gente corriente o de las “personas sin historia” y sus experiencias de cambio social. Se daba lugar así a un desplazamiento: del ideal de la “Voz de la Historia” a la heteroglosia, un “conjunto de voces diversas y opuestas” (Burke, 1994:18).

Las limitaciones que presentaba este nuevo enfoque se derivaban de su método, de la utilización y el complemento con otras fuentes. De ahí que la historia acudió en busca de la antropología y la descripción densa propuesta por Clifford Geertz, una reformulación magistralmente ilustrada en la obra de Carlo Ginzburg sobre “Menocchio”. En *El queso y los gusanos*, publicación de 1976, Ginzburg da cuenta de las (im)posibilidades de mantener un diálogo entre historiadores de diferentes perspectivas (Burke, 1994) y se sitúa más allá de la crítica a la historiografía de los “grandes hombres”, discutiendo con las teorías que reemplazan las gestas heroicas por la serialización numérica⁹.

Giovanni Levi ha señalado que las perspectivas centradas en la denominada microhistoria enfatizan “la libertad de elección de la gente corriente, sus estrategias, su capacidad para sacar partido a las inconsecuencias e incoherencias de los sistemas sociales y políticos, para descubrir rendijas por donde introducirse o intersticios donde sobrevivir” (citado en Burke, 1994:32).

8. Publicado en *The Times Literary Supplement*, 7 de abril de 1966.

9. Ginzburg, Carlo (2001) [1976] *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*, Península, Barcelona. Su libro comienza afirmando que “Antes era válido acusar a quienes historiaban el pasado de consignar únicamente las ‘gestas de los reyes’. Hoy día ya no lo es, pues cada vez se investiga más sobre lo que ellos callaron, expurgaron o simplemente ignoraron.” (Ginzburg, 2001 [1976]:9).

10. Para Ginzburg, quienes “sostienen que la reintegración de las clases inferiores en la historia sólo es posible bajo el epígrafe ‘del número y el anonimato’, a través de la demografía y la sociología, ‘del estudio cuantitativo de la sociedad del pasado’” no hacen más que condenar al silencio a estas clases inferiores. (2001 [1976]:21).

MOVIMIENTOS SOCIALES. EXPERIENCIAS HISTÓRICAS. TENDENCIAS Y CONFLICTOS

En síntesis, estas nuevas propuestas historiográficas han incidido en la ruptura de un consenso tradicional sobre la “explicación histórica” al cuestionar las explicaciones economicistas y deterministas de la acción y colocar a la “cultura” –en su concepción antropológica– en su lugar de mediadora de los procesos.

Simultáneamente a estas transformaciones en el campo epistemológico de la historiografía, en los análisis sobre las acciones colectivas también se producía un cambio de enfoque.

Desde la década de 1960 surgen una serie de publicaciones que discutían con la mirada “psicologista” de Le Bon y Tarde que entendían a la acción colectiva como una acción de masas, irracional e instintiva, inspirada en el contagio y la sugestión. Neil Smelser (1963) comenzó a problematizar este enfoque y, aunque sin apartarse del todo de él, planteó la necesidad de preguntarse por las causas “estructurales” que podrían estar en el seno del conflicto. Pero el giro fundamental frente a las visiones psicologistas estaría dado por las interpretaciones que comenzaron a poner el énfasis explicativo en el interés racional: por un lado, las formulaciones que entendían la acción colectiva en el marco de la elección racional a nivel del individuo (*rational choice*) en la cual primaba un balance entre costos y beneficios (Olson, 1965).

Por otro lado, cobran fuerza dentro del ámbito académico las interpretaciones marxistas que colocan el peso explicativo de la acción en los factores económicos estructurales y el interés de clase. Paralelamente, en la academia estadounidense se erige la “escuela de movilización de recursos” (McCarthy y Zald, 1977), que colocó el foco en el “cómo” de la acción colectiva, preguntándose por las motivaciones individuales y colectivas para actuar, en el marco del uso de recursos organizacionales y “motivacionales” que explicarían la participación pública. A pesar que la principal preocupación de esta escuela era la organización de los “recursos”¹¹, también se interesaban

11. Hay autores que diferencian en su seno tres corrientes de acuerdo con el tipo de recursos que enfatiza cada representante. Así, Oberschall (1973) o Gamson (1975) se centran en los recursos externos; otros como Mc Carthy y Zald (1977) dan importancia a los recursos organizacionales y la capacidad de los líderes y activistas, y finalmente Tilly (1985) y McAdam (1982), refuerzan las estructuras de oportunidades políticas.

K. Bidaseca y P. Lapegna - *El Grito de Alcorta revisitado*

por los participantes y las motivaciones para la acción dado que ninguna de las explicaciones señaladas anteriormente resultaban satisfactorias. En efecto, “en esos cálculos estrechamente economicistas faltaba un elemento básico, la colectividad en la que todo individuo está inserto” (Pérez Ledesma, 1994:93). Sin embargo, este giro que podría haber enfatizado los vínculos afectivos por la racionalidad instrumental se recicló en función de los factores estructurales que movilizan a los individuos a la acción. “Poco importa –afirmaban Mc Adam, Mc Carthy y Zald– que uno esté dispuesto desde el punto de vista psicológico o ideológico a participar si no se cuenta con el vehículo que pueda lanzarle a la actividad de protesta” (citado por Pérez Ledesma, 1994:94).

En contraste a las teorías que enfatizaban el papel de los recursos en la acción colectiva y la reducción de los movimientos al campo de la política y a la confrontación con el sistema político, surgen en Europa abordajes que comenzarían a prestar atención a los procesos de construcción de identidades colectivas y de la creación de nuevos códigos culturales como “piedra de toque” de los conflictos sociales. Ante los nuevos movimientos de protesta de fines de los años de 1970 que no reconocían en la adscripción de clase un factor de aglutinamiento, las teorías de los denominados “Nuevos Movimientos Sociales” cambiarían el punto de vista prestando atención a las inversiones cognitivas y emocionales que intervienen en la formación de identidades colectivas, entendidas como elemento insoslayable para la consecución de objetivos comunes mediante la acción colectiva (Cohen, 1985; Touraine, 1987; Offe, 1985; Melucci, 1985, 1996; Pizzorno, 1989).

En los años de 1980, ambas escuelas superaron la incomunicación y algunos autores como Sidney Tarrow, comenzaron a tender puentes entre ellas¹². Pese a producir un quiebre con interpretaciones anteriores, estas conceptualizaciones, bajo el epígrafe tan criticado de “nuevos” movimientos (Calhoun, 1993), habían excluido la variable temporal de los análisis deshistorizando las prácticas sedimentadas de

12. Un libro que inscribe este cambio es *Comparative Perspectives in Social Movements*, editado por Mc Adam, Mc Carthy y Zald, Cambridge University Press, 1996.

MOVIMIENTOS SOCIALES. EXPERIENCIAS HISTÓRICAS. TENDENCIAS Y CONFLICTOS

movimientos emprendidos con antelación, sólo recuperada por los trabajos de Tilly (1986) y Tarrow (1995 y 1997). Asimismo, comparten otra debilidad: la adjudicación del lugar subordinado que se asigna a los sentimientos en la protesta social.

Este problema ha sido señalado por James Jasper (1997) y por Goodwin, Jasper y Poletta (2001), quienes han iniciado nuevas líneas de investigación en donde una variedad de acciones y movimientos son interpretados bajo esta nueva luz.

Para Jasper (1997) la cultura, definida como “mundos mentales compartidos y sus incorporaciones físicas, produce muchas cosas (...) nos ayuda a definir los recursos, las estrategias y las biografías” (p. 12). Según el autor la mayoría de los estudios sobre la protesta han plegado estas dimensiones a veces insistiendo en que sólo a partir de una de ellas era posible explicar la protesta. “Nuestras creencias cognitivas, las respuestas emocionales y las valoraciones morales acerca del mundo –los tres subcomponentes de la cultura– son inseparables y juntas motivan, racionalizan y canalizan la acción política.” (p. 13) Aún más, sostiene el autor, las metas suelen modificarse en el transcurso de la protesta en tanto los participantes activamente y colectivamente re-piendan, re-enmarcan las creencias y las pasiones.

En esta “vuelta de tuerca” de las teorías de la acción colectiva, los sentimientos reingresan en las interpretaciones, pero ahora entendidos no como un elemento opuesto a la razón que surgiría del contagio o del individuo, sino como un elemento socialmente construido que media entre la tradición y el sujeto, es decir, como un aspecto de la cultura. Estas conceptualizaciones, pese a producir un quiebre con interpretaciones anteriores, comparten con éstas la adjudicación del lugar subordinado que se asigna a los sentimientos en la protesta social. Este problema ha sido señalado por Goodwin, Jasper y Poletta (2001), quienes han iniciado nuevas líneas de investigación en donde una variedad de acciones y movimientos son interpretados bajo esta nueva luz. En esta “vuelta de tuerca” de las teorías de la acción colectiva, los sentimientos reingresan en las interpretaciones, pero ahora entendidos no como un elemento opuesto a la razón que surgiría del contagio o del individuo, sino como un elemento socialmente construido que media entre la tradición y el sujeto, es decir, como un aspecto de la cultura. Según proponen Goodwin y Pffaf, las

K. Bidaseca y P. Lapegna - *El Grito de Alcorta revisitado*

emociones en la acción colectiva deben ser vistas “no simplemente como epifenómenos o variables dependientes. En otras palabras, en la medida en que las emociones son constitutivas de las relaciones sociales y la acción –y no simplemente como reacciones individuales o psicológicas sino como experiencias intersubjetivas y colectivas– los sociólogos deben estar atentos a su potencial significado causal. Mas específicamente, creemos que la mayor parte de los factores causales clave enfatizados por los analistas de los movimientos sociales –incluyendo factores como redes sociales, injusticias, identidades colectivas, marcos culturales e ideológicos e incluso las estructuras de oportunidad política– derivan buena parte de su poder causal de las fuertes emociones que implican o evocan entre los actores (2001:283. Ver también Wood, 2003).

5. A modo de conclusiones: cultura y sentimientos en la acción colectiva

Más arriba hemos señalado la importancia otorgada a los factores económicos para explicar el “Grito de Alcorta”, pero consideramos que se ha prestado muy poca atención a cómo intervinieron las emociones en esta protesta.

En los autores que nos basamos para plantear esta nueva mirada, encontramos que las emociones intervienen pero son colocadas en un lugar de imposibilidad de la acción:

“Digamos que los agricultores **a pesar de** ser temporalmente sentimentales, continuaron fomentando la agitación agraria” (Grela, 1958:67). (subrayado nuestro).

Por otra parte, Arcondo (1980) refiere a los “discursos leídos por escolares o mujeres, en una actitud visiblemente sentimental” (pág. 373).

Sin embargo, uno de los protagonistas del Grito de Alcorta, el doctor Netri resaltaba el aspecto pasional de los agricultores para comprender el alto grado de participación:

“Hay en el alma del trabajador de la tierra un fondo de misticismo que, en las horas de tormenta psicológica (y yo conozco tormentas más convulsionadas que las huelgas), sube a flote a través

MOVIMIENTOS SOCIALES. EXPERIENCIAS HISTÓRICAS. TENDENCIAS Y CONFLICTOS

de una turbia ebullición de pasiones, y predomina sobre cualquier otro estímulo, revuelca cualquier resistencia de la razón. Entonces el agricultor es capaz de los más grandes delitos así como de los más altos heroísmos y en el templo como en el local de la Sociedad de la huelga es un fanático” (pp. 309/310).

Los sentimientos en la protesta de Alcorta no deben ser vistos como un elemento “anecdótico” o secundario, sino como un componente central que hace a la creación de un enemigo y, por ende, la conformación de un “nosotros”. Sin el sentimiento de injusticia y ultraje que sentían los agricultores difícilmente se podrían haber generado las condiciones de posibilidad para poder discutir la distribución del ingreso o los contratos de arrendamiento.

El análisis de la protesta que nos propusimos ensayar muestra que “lo económico” no puede comprenderse como una esfera aislada o independiente de la cultura. La cultura siempre “esta ahí”, y es necesario observar cómo interviene para la generación y movilización de sentimientos indispensables para la acción colectiva.

García Serrano (1966) explica la “raíz del movimiento de rebeldía iniciado en Alcorta, más “por la incompreensión y egoísmo de los terratenientes que por la conciencia y voluntad de acción de los agricultores” (pág. 54).

Ya sea entre los manifiestos colectivos o entre las expresiones de sus dirigentes, encontramos que las emociones construyeron el enmarcado de la acción colectiva en torno al sentimiento de injusticia: “Ahora o nunca. Sólo la huelga nos liberará de tanta injusticia. Estamos empeñados en paralizar las actividades agrarias, cueste lo que cueste y caiga quien caiga” como escribió el maestro rural Francisco Bulzani (citado en Grela, 1985:54); “Ya es hora de que termine el azaroso calvario de miseria, depredación y humillaciones que venimos soportando desde los últimos años”, afirmaba el manifiesto redactado por la comisión de huelga de la localidad de Tortugas (Grela, 1985:139).

Por otro lado, en los trabajos comentados respecto al rol que jugaron las mujeres en la rebelión notamos que o bien la mujer ha sido tratada como “espectadora” en las “asambleas a las que llegaban desde lejos con sus hijos en los brazos o de la mano para ponerse detrás de la concurrencia” (Grela, 1958:76) o su rol ha sido

K. Bidaseca y P. Lapegna - *El Grito de Alcorta revisitado*

excesivamente resaltado en la mujer que “entronizó” la Federación Agraria Argentina: María Robotti de Bulzani. Este tipo de interpretaciones invisibilizan o sobrevisibilizan a las mujeres, entendiendo las acciones políticas femeninas como meras expresiones “emotivas” o “sensibles” de sus mundos privados y de este modo reifican las emociones. El movimiento feminista ha demostrado sobremedida que “lo personal es político” y que “las emociones pueden ser estratégicamente usadas por las activistas y ser las bases para un pensamiento estratégico” (Goodwin *et al*, 2001:9).

Los procesos de construcción del “nosotros” y del “antagonista” demuestran que las emociones son construcciones culturales y sociales. Son fundamentales la “movilización de los afectos” pero también la legitimidad que ciertos actores poseen para la comunidad y los valores que animan la acción.

En Alcorta emergió una combinación de sentimientos de odio hacia los terratenientes y valores nacionalistas:

“Nosotros que con nuestros esfuerzos, con el sudor de nuestras frentes hemos contribuido al engrandecimiento y riqueza de esta querida patria, nos vemos hoy reducidos a la última miseria, hasta el punto de no poder alimentar a nuestros hijos. ¡Triste realidad! (...) estamos condenados a soportarlo todo: trusts, uniones gremiales, imposiciones de los terratenientes y por último, nos quieren obligar o mejor dicho, tratan de impedir el derecho a la legítima defensa” (Manifiesto de la Sociedad de Defensa Agraria, citado por Grella, 1985:121).

La apreciación de esa construcción de una “cultura emotiva de la resistencia” (Bidaseca, 2003) emerge negativamente en las instancias de institucionalización de la acción colectiva, en la “Primera Declaración de las Autoridades de la Federación Agraria Argentina al Pueblo de la República”:

“1. Que ni existe ni existirá espíritu de odio y de hostilidad contra terratenientes e intermediarios (citado en Ferrarotti, 1974: 129/130).

Como explica Berezin (2001), “Patriotismo y nacionalismo, amor político y odio político, define amigos y enemigos.” (pág. 86).

MOVIMIENTOS SOCIALES. EXPERIENCIAS HISTÓRICAS. TENDENCIAS Y CONFLICTOS

En definitiva, en el desarrollo de esta artículo pudimos ver cómo lo que hoy llamamos “redes de interacción” nos pueden dar indicios para comprender por qué los chacareros del Sur de Santa Fe se decidieron a actuar colectivamente, movidos por el interés económico pero también por nociones de tipo “moral”: la noción de injusticia, el ultraje sentido en la forma de ambición desmedida, la apuesta por los lazos de solidaridad.

Lo económico también es cultural y un enfoque cultural de las emociones no es incompatible con otro tipo de enfoques. Aunque la acción colectiva tenga como objetivo la obtención de “libertades capitalistas” (Boglich, 1937) en la experiencia intervienen aspectos emocionales (como el ultraje, el odio hacia el propietario terrateniente) a partir de los cuales la acción puede politizarse. Sino ¿cómo explicar que se movilizan más de 100.000 agricultores en un momento histórico de escasa receptividad en las esferas gubernamentales hacia las demandas de los sectores subalternos?

Creemos que preguntarnos por el rol de la cultura y cómo esta interviene en la creación de sentimientos y la construcción de un “enemigo” podemos plantearnos nuevos interrogantes que nos permiten repensar no sólo los conflictos del pasado sino también las acciones colectivas contemporáneas.

Resumen: El artículo tiene la finalidad de visitar el “Grito de Alcorta”, no con la intención del anticuario que desempolva un viejo objeto, sino como un desafío a ciertas maneras actuales de explicar la protesta social e interpretar la acción colectiva. En otras palabras, nos preguntamos sobre un hecho del pasado para poder afinar las herramientas conceptuales con las que interpretamos el presente. De esta manera, procuraremos brindar una mirada complementaria a la que aborda dicho acontecimiento en términos más economicistas, a partir de ciertos elementos culturales que consideramos de primer orden para poder interpretar los movimientos sociales, sobre todo preguntándonos por el lugar que juegan los sentimientos en la protesta social.

Palabras clave: Grito de Alcorta - acción colectiva de protesta - marcos culturales - sentimientos - “nueva historia”.

K. Bidaseca y P. Lapegna - *El Grito de Alcorta revisitado*

Summary: This article analyses the so-called “Grito de Alcorta” to discuss with certain interpretations about social protest and collective action. We asked questions regarding an historical event to improve the conceptual tools with which we understand the present. In such way, we offer a complementary vision to an economic explanation of this phenomena. Specifically, we deployed a cultural perspective to interpret social movements, paying attention to the role of sentiments in social protest.

Key words: Grito de Alcorta - protest and collective action - cultural frame - sentiments - new history.

Bibliografía

- ANSALDI, WALDO (comp.) (1993) *Conflictos obrero-rurales pampeanos (1900-1937)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- ARCONDO, ANÍBAL (1980) “El conflicto agrario argentino de 1912. Ensayo de interpretación”, en Revista *Desarrollo Económico*, Vol. 20, N° 79, octubre-diciembre.
- BEREZIN, MABEL (2001) “Emotions and Political Identity: Mobilizing Affection for the Polity”, en GOODWIN ET. AL., *Passionate Politics: Emotions and Social Movements*.
- BIDASECA, KARINA (2003) “El Movimiento de Mujeres Agropecuarias en Lucha: acciones colectivas y alianzas transnacionales”, en Jelin, Elizabeth (comp.) *Más allá de la Nación: las escalas múltiples de los movimientos sociales*, Buenos Aires, Ed. Libros del Zorzal.
- BIDASECA, KARINA (2005) “Colonos insurgentes. Discursos heréticos y acción colectiva por el derecho a la tierra. Argentina, 1900-2000”. Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- BONAUDE, MARTA y Cristina GODOY (1985) “Una corporación y su inserción en el proyecto agro-exportador: la Federación Agraria Argentina (1912-1933)”, en Revista *Anuario* N° 11, Universidad Nacional de Rosario, Escuela de Historia.
- BOGLICH, JOSÉ (1937) *La cuestión agraria*, Buenos Aires.

MOVIMIENTOS SOCIALES. EXPERIENCIAS HISTÓRICAS. TENDENCIAS Y CONFLICTOS

- BURKE, PETER (ed.) (1994) *Formas de hacer historia*, Madrid, Ed. Alianza.
- CALHOUN, CRAIG (1999) "El problema de la identidad en la acción colectiva", en AUYERO, JAVIER *Caja de herramientas. El lugar de la cultura en la sociología norteamericana*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmas.
- COHEN, JEAN L. (1985) "Strategy or Identity: New Theoretical Paradigms and Contemporary Social Movements" en *Social Research*, 52(4).
- Federación Agraria Argentina (1987) *El Grito de Alcorta. Antecedentes, causas y consecuencias*, Rosario, FAA.
- FERRAROTTI, JULIO ANDRÉS (1974) *Tierra, familia, trabajo. Bases argentinas para una legislación que amalgame la trilogía dentro de una integral reforma agraria*, Rosario.
- GAMSON, WILLIAM (1975) *The Strategy of Social Protest*, Dorsey Press, Homewood.
- GARCÍA SERRANO, TOMAS (1966) *Esteban Piacenza. Apuntes biográficos*, Rosario, Librería y Editorial Ruiz.
- GINZBURG, CARLO (2001) [1976] *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*, Península, Barcelona.
- GOODWIN, J., JASPER, J. y F. POLLETTA (2001) *Passionate Politics: Emotions and Social Movements*, Chicago.
- GRELA, PLÁCIDO (1958) *El Grito de Alcorta. Historia de la rebelión campesina de 1912*, Rosario, Ediciones Nueva Tierra.
- GRELA, PLÁCIDO (1985) *El Grito de Alcorta. Historia de la rebelión campesina de 1912*, Buenos Aires, Centro Editorial de América Latina.
- Hora, Roy (2002) *Los terratenientes de la pampa argentina. Una historia social y política 1860-1945*, Buenos Aires, Ed. Siglo XXI.
- JASPER, JAMES (1997) *The art of moral protest*, Chicago, University of Chicago Press.
- MCADAM, DOUG (1982) *Political Process and the Development of Black Insurgency, 1930-1970*, Chicago, University of Chicago Press.
- MCCARTHY, JOHN y ZALD MAYER (1977) "Resource Mobilization and Social Movements: A Partial Theory" en *American Journal of Sociology*, Vol. 82, No. 6.

K. Bidaseca y P. Lapegna - *El Grito de Alcorta revisitado*

- MARRONE, ANTONIO (1997) *Historia de Alcorta. Orígenes y evolución*, Santa fe, Comuna de Alcorta.
- MELUCCI, ALBERTO (1985) "The Symbolic Challenge of Contemporary Movements", en *Social Research*, vol. 52, N° 4.
- MELUCCI, ALBERTO (1996) *Challenging Codes*, Cambridge University Press, Londres.
- PALACIO, JUAN MANUEL (1996) "¿Revolución en las pampas?", en *Revista Desarrollo Económico*, Vol. 35, N° 140 (enero-marzo).
- OBERSCHALL, A. (1973) *Social Conflict and Social Movements*, Prentice Hall, New York.
- OFFE, C. (1985) "New Social Movements: challenging the boundaries of institutional politics", *Social Research*, Vol. 52, No.4.
- OLSON, MANCUR (1965) *The Logic of Collective Action*, Harvard UP, Cambridge.
- PÉREZ LEDESMA, MANUEL (1994) "'Cuando lleguen los días de la cólera' (Movimientos sociales, teoría e historia)" en *Zona Abierta* No. 69, Madrid.
- PIZZORNO, ALESSANDRO (1989) "Algún otro tipo de alteridad. Una crítica a las teorías de la elección racional", en *Sistema* N° 88, Madrid.
- SCOBIE, JAMES (1968) *Revolución en las pampas. Historia social del trigo argentino 1860-1910*, Buenos Aires, Ed. Solar.
- SCOTT, JAMES (1985) *Weapons of the weak. Everyday Forms of Peasant Resistance*, New Haven, Yale University Press.
- SHARPE, JIM (1994) "Historia desde abajo", en BURKE, PETER (ed.) *Formas de hacer historia*, Madrid, Ed. Alianza.
- SMELSER, NEIL (1963) *Theory of Collective Behavior*, The Free Press, New York.
- SOLBERG, CARL (1971) "Rural Unrest and Agrarian Policy in Argentina, 1912-1930", en *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, Vol. 13, N° 1 (Jan).
- TARROW, SIDNEY (1995) "Cycles of Collective Action: Between Moments of Madness and the Repertoire of Contention", en TRAUOGOTT, MARK (ed.) *Repertoires & Cycles of Collective Action*, Duke University Press, Durham, NC.
- (1997) *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Madrid, Alianza Universidad.

MOVIMIENTOS SOCIALES. EXPERIENCIAS HISTÓRICAS. TENDENCIAS Y CONFLICTOS

TILLY, CHARLES (1986) *The Contentious French. Four Centuries of Popular Struggles*, Cambridge/Londres, Harvard University Press.

——— (1995) “Contentious Repertoires in Great Britain, 1758-1834”, en TARUGOTT, MARK *Repertoires & Cycles de Collective Action*, EE.UU.

TOURAINÉ, ALAIN (1987) *El regreso del actor*, Buenos Aires, Eudeba.

WOOD, ELISABETH (2003) *Insurgent Collective Action and Civil War in El Salvador*, Cambridge, Cambridge University Press.

Otras fuentes

Archivo Documental de la Federación Agraria Argentina (apuntes y compilaciones de Antonio Diecidue).